ARACELI o el arte como forma distinta de amar

MARCO ANTONIO RODRIGUEZ

RETRATO

La pintura -la verdadera pintura- es una forma distinta de amar. Aquello que San Ailerd llamaba "el paladar del corazón", seguirá en plena vigencia hasta el final de los tiempos. Estas reflexiones iniciales (axiomáticas), han vuelto a mi memoria al recorrer vida y obra de Araceli Gilbert, sin duda, una de las más importantes pintoras americanas del siglo veinte.

La imagino menuda, bella, suave y delicada como un hálito, a pesar de la reciura proverbial de su temperamento; luciendo atuendos únicos, no para convocar la atención, sino para armonizar con su personalidad: lúcida, generosa, auténtica (frente a ella -a ella y a su obra, ¿es posible escindirlas?- no había términos medios, solo suscitaba admiradores o detractores); ojos y manos siempre inquietos -aunque muy lejos de Araceli aquello de que la pintura se represa en lo visual y manual-; yendo de un lado a otro por el mundo y por los infinitos del arte. Lo que llamamos perfección, ¿no será sinónimo de realidades consumadas y, por tanto, afianzadas para siempre en un ser humano?: este es el caso de Araceli Gilbert.

Por línea paterna, la artista perteneció a una familia conservadora. Su padre, Abel Gilbert Pontón, adusto y estricto, médico destacado que incursionó en la vida pública accediendo a la vicepresidencia de la república en el gobierno de Galo Plaza Lasso. Su madre, Leonor Elizalde Bolognesi, aristócrata, pero de tendencia liberal (¿de ella heredó Araceli su sentido de independencia, su vivacidad, su alegría?), murió cuando ésta apenas era una adolescente. Su primera desgarradura, su primera prueba frente a la adversidad. La marca humana de nuestra artista, fraguada en el metal más noble, pero a la vez indomeñable, arranca, quizás, de esta primera sensación de vacío.

La música, la danza, la poesía sedujeron muy pronto a Araceli, pero también -más por su connatural solidaridad con los desposeídos que por la influencia que pudieron ejercer en ella sus familiares médicos- muchas veces pensó estudiar enfermería. Sin embargo, su suerte estaba echada. Lo suyo habría de ser la pintura. Y a Santiago de Chile fue a prepararse académicamente.

La principal condición del talento artístico es la posesión de una susceptibilidad refinada y sensible ante ciertas cualidades

© Archivo Blomberg

de las cosas. En Araceli Gilbert esta señal es verificable desde muy niña. En los artistas prominentes como ella, podemos hallar esa profunda relación de la sensación y de un sentimiento respecto de la totalidad de los objetos naturales. Araceli amó la naturaleza, al punto de que ésta influyó de manera preponderante en la colorística de su obra: colores del alma, pero arrancados de la exuberancia tropical. Por cierto, la posesión de estos valores, constituyen solo el prerrequisito de la capacidad creadora -y esto tiene vigencia en otros ámbitos de carácter mental- pues quien no trate de aprehender a la naturaleza con el poder de su intuición nunca podrá someterla a su propia conciencia mental más elevada. Además, no se puede olvidar que el artista llega a serlo por obra de su voluntad para elevarse por sobre sus propias sensaciones. El artista entonces, debe estar siempre en condiciones de dominar sus sensaciones con su propia claridad mental. Decidido su destino, fue en Santiago de Chile donde Araceli, a pesar de su juventud, empezó a racionalizar este dilema. Su arte es cerebral, pero profunda, intensamente sensitivo -idea y magia: poesía-. Quienes se aferren en ver en el trabajo artístico de Araceli Gilbert solo realizaciones intelectuales, pecan de ingenuos. Con esto quiero enfatizar que el arte de Araceli es disciplina de expresión y adivinación y que su obra no tiene nada de ciencia. Mark Torbey sustenta con razón que "cualquier tentativa de reducir el arte a ciencia es vana…". Y conviene la aclaración, porque en nuestro tiempo, en el cual se ha caotizado el hacer plástico -se sustenta la muerte de la pintura o que solo el "digitalismo" posee trascendencia- no falta quienes tratan de propagar "un arte científico", aplicándolo incluso, erróneamente, al arte abstracto, o al geométrico que fueron los fundamentos axiales de la producción de Araceli Gilbert.

Por 1939 retornó la artista a su lugar de origen, Guayaquil, y, de inmediato, formó parte de la Sociedad de Artistas y Escritores Independientes, epicentro de políticas de vanguardia, lo cual fue decisivo en cuanto a definir la posición ideológica que la distinguió, de franca simpatía a las postulaciones del partido comunista. Allí surge, además, la fuerte relación con el escritor Enrique Gil Gilbert, su primo hermano. Durante toda su vida mantuvo con él una íntima correspondencia humana. Cuando el escritor fue encarcelado por la dictadura militar de los sesenta, fracturando los estatutos de familia, la artista iba a visitarlo diariamente. El pensamiento político de Araceli fue, ya lo dijimos, de marcada simpatía por la ideología de izquierda, imperante en su tiempo. Su estancia en Chile, su ingente y

© Archivo Blomberg

connatural solidaridad con el lado bueno de la historia, develada cuando tomó partido frente a hechos como el fascismo, la guerra civil española, o la efervescencia del socialismo y el comunismo en Ecuador, sus compañeros de gremio, intelectuales, escritores, artistas, todos de esa tendencia, fueron elementos que convergieron para que ella se anclara en esa posición. Sin embargo, vale aclarar, Araceli no fue una activista, ni tampoco quiso que nunca la identificaran como feminista. Su militancia fue, entonces, una militancia de vida, de justicia, de dignidad, más que de trabajos puntuales bajo la égida de partido político alguno. Por lo demás, la suya fue época en la cual las clases se erigían sólidamente en el Ecuador y empezaban a actuar en su lucha histórica, desde los ámbitos del sindicalismo hasta la de los partidos políticos, desde la creación literaria hasta las artes visuales. La cultura misma empezaba a despojarse de mantos sagrados y a aparecer como un fenómeno vivo y fungía de espejo de la realidad nacional, en especial, de aquella que había sido escamoteada por la historia pasada. Y en cuanto a la pintura, el llamado realismo social y el indigenismo sentaban sus reales como las únicas opciones valederas. Era, entonces, literalmente imposible sustraerse a estas vertientes. Por todo esto, el caso de Araceli Gilbert, es excepcional y único en la historia de nuestras artes visuales y quizás de América. Ella libró varias batallas en todos los frentes. Con ella misma, frente al poderoso núcleo familiar al que perteneció y, por fin, ante sus compañeros de generación, todos imbuidos por ideologías de izquierda para su quehacer creacional. ¿Cómo esta mujer leve como un soplo pudo romper tantos cercos; qué luz misteriosa rigió su ir existencial, capaz de dotarla de un energía arrolladora como para imponér su arte sabio y rígido en un ambiente en el cual no escribir o pintar de acuerdo a los dogmas de las izquierdas imperantes era poco menos que un desacato o una ridiculez…? ¿De qué modo dominó su espíritu el abstracto-geometrismo, esa pintura fría y especulativa cuya poética, no obstante, fue siempre innegable, menos en nuestros predios y peor aún en esos tiempos…? Generacionalmente, a Araceli debemos contextualizarla junto a Diógenes Paredes y Eduardo Kingman, los dos grandes del indigenismo, Bolívar Mena, uno de los más fervorosos combatientes de esta misma corriente, Luis Moscoso, que trabajó con ahínco la figura indígena en su juventud, Galo Galecio, José Enrique Guerrero, Leonardo Tejada.

Araceli fue la pionera de lo que podríamos llamar la liberación del arte de las directrices de un tiempo no solo de ciertos partidos políticos dominantes en la cultura. Ella sustrajo

© Archivo Blomberg

a la pintura del servicio a la representación y la copia de la naturaleza o la traslación -a veces cartelista- de los dramas humanos de nuestra sociedad, sobre los cuales nunca se sintió ajena. Obra la suya de realización particular, independiente de las consecuencias culturales que provocó; es en este terreno donde mejor puede revelársenos, porque -vista en panorámica y a la distancia cronológica que devuelve objetividad para enjuiciar- la producción de Araceli, más que la de una revolucionaria y una teórica personal y cuidadosa -siempre alardeaba de su pulso de cirujana- fue antes que nada la de una gran artista, una extraordinaria poeta, cuya obra busca una última verdad espiritual a través de un lento proceso interior y que culmina en el hallazgo de la serenidad, la paz y la armonía en la realidad de la forma.

En 1955 contrajo matrimonio con Rolf Blomberg, ese extraordinario aventurero que tanto hizo por nuestro país: fotógrafo, investigador, cronista de nuestro Ecuador profundo, hombre magnánimo, de quien Alfredo Pareja Diezcanseco habló como del "hombre más bueno del mundo". Su hija Marcela, que fuera adoptada más tarde por Araceli en acto de entrañable amor, habría de convertirse, muchas veces renunciando a sus propias realizaciones personales, en su ángel tutelar. A Marcela Blomberg, mujer toda inteligencia, toda comprensión, le debe mucho la difusión del arte de Araceli, dentro y fuera del país. El gran libro sobre su vida y su obra es uno de sus empeños más significativos.

De la mano de Marcela, he podido internalizarme en la biografía íntima de esta artista ejemplar. He sentido su sencillez, su frescura, su transparencia, su memoria prodigiosa, su vitalismo; amaba coleccionar cucharas de palo, bisutería de feria, recipientes, aretes; era perfeccionista, eso sí, hasta en las maravillas culinarias que preparaba para sus amistades que recibía en su casa, siempre abierta para todos, pues le tenían sin cuidado clases, religiones, ideologías. Por cierto, su irreverencia, que era más bien reflejo de su genuinidad, molestaba a algunos. "Siempre me he sentido atraído por lo indefenso / Un árbol elegido por la tormenta / El barco de luces atraído por la espuma / El edificio en la sola mirada sin guiño del lagarto y mil frondosidades..."

SU ARTE

Mucho se ha hablado de nuestra asincronía histórica (retraso, desfase), y no ha faltado razón. A nuestro país han llegado -a

© Archivo Blomberg

veces cuando apenas quedaban vestigios o cuando ya habían desaparecido- las grandes corrientes de la cultura; para no hablar del desconocimiento de nuestras raíces (por poner un solo caso: ¿valoramos en su real esplendor la cultura valdivia?). Sin embargo, ¿quizás por eso -¡hasta cuándo seguimos subestimándonos¡- nos hemos destacado como los mejores del hemisferio en varios movimientos, como, precisamente, en el del expresionismo y del indigenismo…? Algún momento habrá que elucidar ampliamente sobre este tema. Como quiera que fuese, lo que los teóricos llaman modernidad, tardó en llegar al Ecuador. Conocimientos y técnicas de Araceli, minuciosos y hondos, el sentido esencial de su oficio, su inserción en el abstracto-geométrico lo debe a sus estancias en Nueva York y París. (Por cierto, imposible olvidar lo que le dio Santiago de Chile, fundamentalmente, en cuanto a su retrato humano). Durante sus permanencias en estos lugares, Ecuador zahondaba en el expresionismo, más que como propuesta visual, como gesta denunciatoria contra un sistema que entre dos puntos extremos de la confrontación de clases nulificaba a los artistas, desconociéndolos. El barroco, el romanticismo y hasta el modernismo, complació a los poderosos (o los tenía indiferentes), el naturalismo ya albergaba cierta crítica social, pero, la cresta más alta del iceberg, el expresionismo, denotaba cólera, insumisión. El expresionismo no trasuntaba eclosiones sociales, sino revoluciones. Doble riesgo. Las élites no estaban para aquellos movimientos. El arte, a partir de entonces, no fue concebido entonces sino como sinónimo de realismo social, con su obsecuente "mensaje" o "moraleja". Añádase a esta vertiente la del "indigenismo", y tendremos el panorama completo. Apartarse de esos ámbitos -insistimos- era poco menos que un infortunio.

¿Fue Araceli una artista constructivista, o abstracto geométrica…? ¿Qué son y en qué consisten estas escuelas…? En los opuestos del expresionismo abstracto, de la pintura activa y del informalismo, emergió una vertiente que afianzó sus raíces en el neoplasticismo de Mondrian: la del arte geométrico. Investigación. Rigor. Cientificidad. El cerebro dominando al corazón. (Pero, ¿no fue ya Miguel Angel quien afirmaba que se pinta con el cerebro no con la mano?, por consiguiente, ¿hay algo de nuevo en esta pintura?). Arte, en todo caso, que no quería expresar nada, que esclavizaba la mano, que trataba de cubrir el soporte de colores con la implacable perfección de una máquina. Los fundadores de esta escuela -y otros de menor trascendencia- en efecto, se esforzaron por mantener a rajatabla estos principios, sin embargo, cabría preguntar si lo lograron, creemos que no. Todo aquello que

© Archivo Blomberg

toca la mano del hombre se contagia de vida, pero, sobre todo, lo que abarca la creación humana en su multivariedad de connotaciones, más si es artística. Producto de lo urbanístico en el arte pictórico y rebelión en contra del devenido en "oficialista", el abstracto-geométrico, que es el "ismo" que se le acredita a Araceli Gilbert es un arte profundamente humano cuya poética estriba en un ordenamiento prolijo (exacto si se quiere) de la interrelación tiempo y espacio, raíz -no lo olvidemos- de culturas milenaristas. Y en lo que a raíces se refiere, son las nuestras las que nutren el arte de Araceli. Debemos distinguir entre el arte como expresión de un ideal estético particular, y el arte como código de símbolos de la realidad metafísica. Ambos coinciden solamente cuando la belleza revela la realidad trascendente, cuando dicha realidad es experimentada como bella, y cuando todo es visto como esencialmente bello por la razón de que es real. Véanse las obras de Araceli. De qué modo los colores yacen poseídos de un valor simbólico inconsciente (quizás los colores tengan un valor distinto para cada persona y tal vez un valor para cada "complejo"). Los colores de Araceli son de ella porque la elección es consciente, pero están abrumados por esa gama -rica, intensa, única- de nuestro trópico. América canta, vibra, se conmueve en la obra de esta artista. Y el extraño poder de síntesis -sapiencia e intemporalidad- le viene de muy atrás, de sus orígenes más remotos, los de nuestra historia sagrada: la valdivia. Discrepo con quienes califican de "ingenua" esta constatación que se reitera en varios de los pintores que se alinearon, más o menos, en el espacio de Araceli, para probar mi aserto, me remito, sobre todo, a Araceli y al gran Estuardo Maldonado, a quien tanto admiró la artista.

Una obra de arte es como un fruto que madura, y cuando está maduro simplemente cae del árbol. Pero debe desprenderse con buen tiempo, en estado de serenidad. Si es arrancado en medio de la tormenta, se golpeará y lastimará. He mirado y remirado la obra de Araceli, todas -me atrevería a decir que sin excepción- parecen haber sido concebidas bajo este presupuesto.

Luego de escarceos con la figura humana, Araceli encaró su proposición pictórica sobre algunos ejes, principalmente, la consecuencia de ésta con el momento histórico de la humanidad (no solo de un país o una región), y la sustentación técnica sobre la ecuación tiempo / color. El color es una energía creadora, decide en la materia, vive -y el tiempo cae de bruces frente a este prodigio- de una perpetua interacción de fuerzas entre la materia y la luz. El color tiene para Araceli una hondura, una

© Archivo Blomberg

especificidad únicas, se agazapa en sus interioridades o se muestra, magnífico, en ámbitos de exultación. Sueños que oscilan entre la materia y la luz, sueños mágicos que urden sustancias, aumenta luminosidades, retiene tonos excesivamente brillantes -es la respiración de una extraordinaria artista, instante inexpresable para detenerse a tiempo-, determina contrastes en que siempre se pueden descubrir pugnas de elementos, de lo cual son testimonio -sobre todo- los dinamismos tan distintos de los rojos, blancos y negros (aunque Araceli tiene Series con azules, amarillos y negros). Colores que, tal vez, ya no pertenecen al mundo sino que se erigen como el bien de un ser humano, el corazón de una mujer, la verdad pura hallada en la contemplación de un itinerario vital y creacional intenso y lúcido.

Como experimentación, su Serie resuelta en blanco y negro debió haberle otorgado satisfacciones. Se trata de acceder en ella a la máxima simplificación, a una suerte de mistificación del abstracto geométrico, en esta Serie se intercalan -tangibles, audibles- voces y silencios; ella misma habló de la elocuencia de los "silencios" de la música de Webern y los filmes de Bergman como surtidores de este período. Pero son las otras Series, aquellas en las cuales se deja atraer por el carácter activo del color, cuando hace una elección decisiva en la cual compromete su voluntad, cuyo centro no cambiará hasta la consumación de la obra cuando alcanza eminencia en su pintura -su aporte americano al abstracto geométrico-. En esas Series la artista alcanza el color deseado, tan diferente del color acatado, del color transcrito, ese color "deseado" participa en la lucha de los elementos axiales de toda obra pictórica.

En el libro Los signos del hombre (página 212), se sentencia que el mural de esta artista trabajado para el museo del Banco Central de Guayaquil es su "obra más importante". En artistas como Araceli Gilbert esta suerte de conceptos se tornan vanos. Hacerlo, sería minimizar su mundo y trasmundo a un índice de obras completadas en lugar del esfuerzo sin conclusiones que es el trabajo de todo verdadero creador; comprimir su universo a una reflexión individual y prefijada; tratar -sin lograrlo jamás- de aprehenderla a través de un repertorio de definiciones artificiosas. La mirada lenta del presente no está facultada para juzgar su exorbitante honestidad creadora. ¿Constructivista, abstraccionista, geometrista..., Araceli Gilbert..., para qué enclaustrarla, por qué...? Creo que Araceli tuvo siempre el oído muy cerca de su corazón, por eso, su arte es una forma distinta de amar. "Te amo sin haberte visto nunca más que en la sombra / En

© Archivo Blomberg

la noche de mi sueño donde yo solo puedo ver / Te amo y todavía no has sabido del número / Forma misteriosa que se mueve en el atardecer…" El arte es un camino sin retornos en cuyo último horizonte ríen, esquivos e inasibles, todos los rostros del amor.

© Archivo Blomberg